

méritos de este libro hábilmente construído.

Hay, además, en él, deslizados sutilmente entre la trama, palpitanes problemas de vida que surgen de antítesis o de discretos símbolos: la oposición entre Luis, el hombre moderno, el hombre faústico, como diría un spengleriano, y Nicolás, el hombre de la tierra, el hombre eterno; la oposición entre el viejo Colombe, deseoso de continuar su vida ya perfecta, y su hijos cuya vida sus descos pretenden en vano disminuir: el espíritu de la ciudad contra el espíritu del campo, la querella de las generaciones...

Hay un tacto infinito en la manera como Schlumberger plantea y desarrolla sus tesis. Escribir una novela de tesis destinada a los hijos de los primeros lectores de Bourget es toda una empresa. Pero Schlumberger sale del paso airosamente: «Saint-Saturnin» es una hermosa defensa de la tierra, la aspiración intelectualista y mesurada del hombre decadente hacia la tierra prometidora de paz.

A pesar de la inteligencia aguda y previsoras y del sentido artístico que revela la construcción de esta novela, de la trascendencia y oportunidad de su tesis, de la acuidad de la visión psicológica y de la sobria brillantez del estilo, hay en ella un no sé qué de no logrado, de no perfecto, de levemente angustioso: tal vez la poesía que pugna por manifestarse, se manifiesta en unos cuantos párrafos vivificantes y se contrae después ante el temor de caer en el lirismo, tal vez el sentir que era posible, con tan excelentes

instrumentos, haber penetrado más adentro en la realidad de la vida, y haber puesto en las ideas una sincera violencia, y el constatar que una preocupación estética e intelectualista empañó a veces la visión del intuitivo y debilitó la expresión del pensador.

«Saint-Saturnin» es la obra de un talento maduro, pero demasiado impregnado de las delicadezas de la decadencia, lleno de mesura, de equilibrio, de penetración, pero sin fuerza ni vigor.—V.

CORTESANA DE DÍA, (novela).—
José Kessel. (Editorial Colón. Madrid).

Entre los escritores franceses contemporáneos, ocupa un lugar singularmente destacado J. Kessel, judío-ruso, formado en el ambiente cultural francés, cuya obra presenta cualidades poco comunes: abundancia y sobriedad de expresión, fuerza trágica contenida en una severa disciplina formal, pasión por los problemas del alma. Libros como «L'équipage», «La Estepa Roja» y «Corazones Puros», le han dado un firme prestigio artístico.

Acaba de llegar a nuestras librerías su novela «Belle de jour» que obtuvo el gran premio de la Academia Francesa. Es una novela desconcertante, de alta calidad psicológica que se desarrolla en una zona turbia, cargada de oscuros y terribles conflictos, dominada por una especie de fatalidad interior. Un complejo morboso, oculto durante largo tiempo bajo la rutina

de una dicha sin quebrantos, extiende de pronto su red inexorable y aprisiona en ella a la voluntad de la protagonista, empujándola hacia extrañas y torturantes aberraciones.

Severina, esposa de un joven médico dotado de las mejores cualidades físicas y morales, a quien ama con tranquila, firme y absoluta ternura, exento de todo fervor sexual, ve interrumpirse el sereno ritmo de su vida con el apareamiento de una torva obsesión. Un poder secreto, que actúa, en el misterio del subconsciente, despierta al conjuro de circunstancias casuales y empieza a gobernar sus pensamientos, sus deseos, sus actos. Trata de defenderse refugiándose en el hondo y puro amor que siente por su marido, pero toda resistencia es vana. La obsesión vence.

Comienza para Severina una existencia doble en la que su alma, oscilante y desgarrada, no encuentra el descanso ni el placer. Por una parte, la vida apacible y sana del hogar, las satisfacciones del lujo, del orgullo, del respeto, el amor apasionado de su marido, la confianza de su corazón. Por otra, de dos a cinco de la tarde, la vida sucia y llena de humillaciones en la casa de citas adonde la ha empujado su obsesión sexual en busca de una misteriosa locura de placer. Y al fin, después de trágicas y degradantes experiencias, encuentra el orgasmo de la carne, que no le ha dado el amor puro, entre los brazos de un hombre bestial, salido del suburbio.

Los escrúpulos amargos, la inquieta tensión moral de los primeros días, van desapareciendo, poco

a poco, entre el creciente placer de su prostitución. Llega a encontrar el equilibrio de su vida, la armonía entre el corazón y el instinto en ese doble juego de su alma y de su carne que se realiza sucesivamente y cotidianamente en su hogar y en el lenocinio. Un límite que ella juzga infranqueable, se alza entre los dos mundos que frecuenta: Pero un día surge el conflicto: las órbitas de los dos mundos se desplazan, se aproximan, se juntan, y los personajes que en ellos se mueven chocan con sus pasiones y sus verdades. «Belle de jour», cortesana de día, es el centro de la tragedia.

Aunque el proceso psicológico de Severina y los episodios de su conducta equívoca obligan a descripciones realistas, la maestría literaria de Kessel y los recursos de su estilo mantienen la novela en un tono de fuerza artística que vela las desnudeces, a ratos repulsivas del instinto, con una fina sugerencia poética. La patológica obsesión sexual de la mujer, los conflictos interiores que la angustian hasta el desfallecimiento, el sombrío poder de los invencibles instintos, las turbadoras oscilaciones de su voluntad, el desorden de una imaginación dominada por las fuerzas subconscientes, están descritos con una penetración admirable.

Aunque estudio de un raro caso patológico, la novela pretende una vasta proyección humana.

Lo que yo he intentado en «Belle de jour», dice Kessel, es mostrar el divorcio terrible entre el corazón y la carne, entre un verdadero, inmenso y tierno amor y la exigencia

implacable de los sentidos. Este conflicto, salvo raras excepciones, todo hombre, toda mujer que ama largo tiempo lo lleva en sí. Se percibe o no, surge o dormita, pero existe.

Y más adelante, agrega:

He escogido este asunto como se toma un corazón enfermo, para saber mejor lo que se oculta en un corazón sano, y como se estudian los trastornos mentales para comprender el movimiento de la inteligencia.—*E. G. R.*

SOL DE OTOÑO, NOVELA, por *Ruperto Murillo*. Imprenta Nascimento, 1931.

André Gide, que no es más que un crisol de sensaciones, la quinta esencia de lo crítico, una idea formal cuya gran potencialidad le capacita para repercutir en el sistema nervioso, nos entrega en cada una de sus etopeyas cien epígrafes trascendentes. Hoy, al leer el nuevo libro de Ruperto Murillo, recordamos este viejo concepto, remozado por el maestro: «La nature a horreur du vide». Y lo citaremos siempre que caiga en nuestras manos la obra de un autor que no escribe, sino que se pone a escribir... Que se pone a escribir una novela con cierto buen sentido, a base de esa experiencia de la vida que es casi un lugar común y que la decora con una realidad teatral. La naturaleza tiene horror al vacío. Y estos autores llenan su vacío natural con la vieja imaginación de que hacían alarde los bisabuelos de los actuales poetas. Olvidan o no

sienten que la imaginaria pura, fácil, fuente de por sí, ha debido reemplazarse por una captación de los efluvios espirituales de la vida misma. Por eso sus obras resultan demasiado «tèrre a tèrre» o demasiado fuera de la tierra. Nunca descubrirán la clave de una realidad, de cualquiera realidad, por muy abstracta que sea.

«Sol de Otoño» es una novela que puede entretener al gran público; a nosotros nos entretiene también, es verdad, pero nos deja la sensación de algo que, estando demás, era forzoso...

La nature a horreur du vide. Esto lo repite hasta la saciedad el autor de «Corydon». La nature a horreur de Gide. Esto lo enuncia, originalmente, el doctor Nazier, autor del «Anticorydon». ¡Y confíen Uds. en la perenne inmunidad de las frases inmortales!—*C. Vattier B.*

LA MARISCALA. (Evocaciones campesinas), por *Juan Mario Magallanes*.

La novela y el cuento criollo, que tantos cultivadores tienen en América, y entre los que sobresalen Mariano Latorre y Montiel Ballesteros, van dando la fisonomía propia de paisajes y de hombres sudamericanos a los que leen en España cosas de este Continente.

Y en España interesa y apasiona lo típico nuestro más de lo que aquí se cree, mientras no se escatima una sonrisa burlona cuando plumas sudamericanas quieren fijar el am-